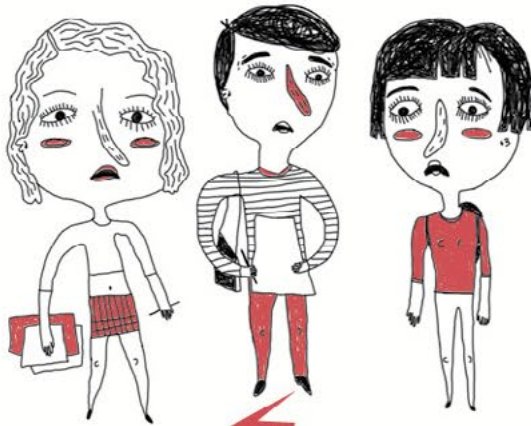


# DE CUANDO EL SAPO SE VOLVIÓ PRINCESA

Eduardo Juárez Garduño Coordinador de la licenciatura de DCG

ESPACIOS Y RINCONES  
(C:ADUAMXOCHIMILCO)



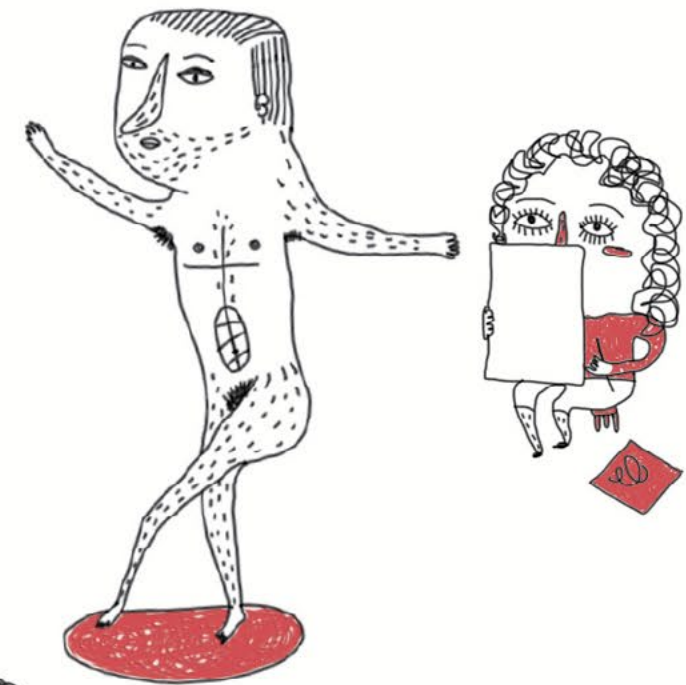
**T**ODO CUENTO de princesas comienza siempre con la llave del misterio o con cierto «había una vez» o algún «érase que se era». Este pueden empezar como gusten, siempre y cuando añadan lo siguiente: Aún no nos recuperábamos del terremoto de 1985 y sus secuelas (después de ese gran aprendizaje que resultara de las jornadas de rescate y reconstrucción) cuando, cierta mañana (ya de 1986), llegamos muy temprano a la UAM Xochimilco, todos con muchos deseos

de regresar, como sucede luego de un periodo vacacional, y más si este descanso se interpone justo a la mitad del curso, así que se debe volver para concluir lo que se inicia.

Esa mañana, las flores se despertaban rozagantes cual bugambilias, al tiempo que un jovial colibrí iridiscente iba y venía entre el delicado aletear de una mariposa amarilla. De pronto, uno a uno, fuimos descubriendo que algo en el paisaje nos faltaba: el salón de dibujo



había desaparecido, al menos parcialmente: «¡lo mutilaron!», dijeron algunos sorprendidos; «otro temblor», murmuraron algunos más. Pasada la primera conmoción, incluso alguien asentó con ironía, que ahora dibujaríamos paisaje urbano en vez de figura humana, ya que el nuevo pasillo o «eje vial», como lo llamaríamos poco después, se extendía justo a la mitad del salón. «¡Alguien deberá explicarnos lo ocurrido!», concluimos. Lo cierto es que deseábamos saber cuanto antes si ante tan evidente desastre tendríamos al menos un taller alternativo. No obstante, nuestra búsqueda no tuvo respuestas claras, sino solo confusos malabares retóricos, como que el rector había llegado a la brillante deducción de que «un gordo no podía pasar por el estrecho paso que existía», por lo cual se decidió proceder a la improvisación del nuevo pasillo. El caso es que la *modificación* a nuestro espacio habitual no era un gesto amable, por lo que encabezamos varios intentos para obtener un taller que reuniera las condiciones mínimas de trabajo —en sustitución del anterior—, y solo al ver que los días transcurrían largamente y no pasaba nada, advertimos que nos habíamos convertido en damnificados.



Al cabo de algunos días, hicimos la última de una serie de cartas al director de la División, antes de instalarnos en la Sala del Consejo Divisional de Ciencias y Artes para el Diseño, donde considerábamos que se daban ciertas condiciones de espacio para albergar a los participantes del curso. Ello, gracias a la *cooperación* de la secretaria del director, quien con toda candidez abrió la puerta al entonces joven maestro Eduardo Juárez al frente de uno de los grupos. Y allí fue que comenzó nuestra sesión de dibujo al desnudo, la cual tenía ese día como modelo a Héctor Hugo Murguía, un alumno espigado y de grueso temperamento. Ya entrados en la dinámica de líneas y volúmenes, entre trazo y trazo, luego de levantar la vista de los bocetos, advertimos a través de los cancelés de transparente vidrio, que el director se había ausentado. Por la misma vía distinguimos el nervioso movimiento de ciertas secretarías, quienes atisbaban de vez en vez, hacia nosotros, muy interesadas seguramente en el uso de la figura humana como pretexto creativo. Incluso la coordinadora del Tronco Divisional me llamó hasta su cubículo, para ofrecerme un rollo de papel Kraft, probablemente para cubrir los cancelés, pero al llevarlo de vuelta, decidí que resultaría más útil repartirlo a los alumnos,



pues las hojas se empezaban a agotar. Para esos momentos, y para confirmar el rumor que corría velozmente por los pasillos, algunos profesores, el coordinador de la Licenciatura y hasta mi jefe de Departamento, uno por uno, llegaban a observar dentro de la sala y se marchaban rápidamente.

De pronto, ya cerca de concluir la sesión, apareció el secretario académico iracundo, con quien trabajamos fuerte discusión. Sus descalificaciones y amenazas fueron la gota que derramó el vaso y, cuando los ánimos amenazaban con desbordarse (aún más), un creciente murmullo avanzó por el corredor, hasta que descubrimos que quienes lo provocaban eran el maestro



Mauricio Gómez-Morín y sus alumnos que llegaban a apoyarnos. La discusión se prolongó hasta tarde... Luego de este altercado, no terminaron ahí las clases de dibujo (es decir, que ya no se le dio clase al siguiente grupo), pero entonces las autoridades se aseguraron de que nadie nos abriera la sala nuevamente. En razón de ello, tomamos después el mismo pasillo.

Todo transcurrió en ese tenor durante algún tiempo, hasta que al fin *su Majestad*, se dignó a recibirnos, pues nuestra atrevida acción logró lo que nuestra larga relación epistolar no había conseguido, y accedió al fin a encontrarse con un grupo de docentes y de alumnos de la carrera. Durante el encuentro, el director gesticulaba enfurecido al oír los argumentos del imberbe e irónico maestro de dibujo. Nos llamó entonces fedayines (por aquello de la defensa del territorio, supongo). Hasta que después de oír nuestros reclamos acerca del anterior taller de dibujo, el señor director, a quien le parecían excesivas nuestras demandas, finalmente concedió con fina ironía: «¡Sí, si les voy a dejar el taller como nalga de princesa!».

Aprendimos así, que la Universidad es un espacio abierto y de participación, que nos involucra a todos, y que hay que defenderla inclusive con imaginación y siempre con toda entereza.

**Epílogo:** Bajo la vigilancia de un grupo de profesores, entre los que figuraban Enrique Anzaldúa y Gonzalo Becerra, quienes asimismo se nos sumaron, nos fue entregado ¡al fin! nuestro taller de dibujo... y si bien, no fue exactamente como lo convenimos (o lo habíamos soñado), pues no tenía la tersura de la nalguita, decidimos llamarlo *Salón Princesa*, por aquello de la inteligencia de la antropofagia. Desde entonces se trabajó para que reuniera mejores condiciones para funcionar como taller de dibujo, y en beneficio de la actividad de docentes y alumnos que, clase con clase, se reúnen ahí para dar lo mejor de sí mismos.

**Epílogo II:** A partir de este evento se conformó también una asamblea general de carrera, en la cual se recuperó un ambiente democrático y participativo; experiencia que se concretó en un pliego petitorio y en un plan de acción del que derivaron, por ejemplo, dos festivales de carrera con exposiciones y conciertos.

**Epílogo III:** La factura nos llegó completa, las autoridades exhibidas hicieron todo lo posible por extirpar *el mal*, sin conseguirlo, por supuesto. La conciencia crítica no se cambia como quien cambia corbata nueva. Así termina la historia. Así de mal.

No obstante, y como sabemos que no a todos les gustan las historias tristes, he aquí otro final:

**Epílogo IV:** ...Y en medio de una gran fiesta, con un gran baile, festejamos nuestro nuevo taller y pudimos guardar y exhibir algunas fotos y ciertos desmarañados dibujos, los cuales disfrutamos (aún) entre risas. Y nunca cesó el entusiasmo de aquellos días, ¡como puede constatarse hasta el día de hoy!

Como final feliz, entonces, alguien dijo que un día de aquellos, observó cómo la mariposa beso al colibrí.

¡Tarantan... tánnn... taaaannnn!

Por último, el taller se ha constituido en un taller de dibujo abierto los viernes por la tarde. Ello con el esfuerzo y bajo la coordinación, en principio, de Peter Saxer y Enrique Anzaldúa, y posteriormente gracias a Raúl Tame, Alejandro Colín, Benito Antón y Octavio Cuéllar, entre otros. En medio de la atomización y la fragmentación, encontrar un espacio colectivo y abierto es un gran logro.

¡Enhorabuena a todo intento de hacer comunidad! Todas y todos sabemos que la independencia y la autonomía en un proyecto cuestan. No nos han regalado nada. ▶▶

